

RELATOS DEL CONFINAMIENTO # 7: LA FUGA

En los telediarios no son más que un número, pero para Domingo son sus compañeros de residencia. La semana pasada murieron diez de ellos, y esta ocurrirá otro tanto si los contagios no cesan. No sabe cómo empezó esta desgracia, ni cuándo, donde todo transcurre en el más absoluto secreto. Aislado en su cuarto, conoce de cada fallecimiento por omisión. Las toses de Esteban, que vivía al lado, dejaron de oírse hace tres días. Matilde ya no recorre los pasillos con sus pasos lentos y pesados. A Ricardo se lo llevó una mañana la ambulancia, y desde entonces nadie ha vuelto a nombrarlo.

Domingo no quiere acabar así. No ha vivido ochenta y cuatro años para morir como un perro, donde hasta a los perros se les acompaña cuando van a ser sacrificados. No después de haber superado tantas situaciones difíciles: una posguerra, una dictadura, trabajar sin descanso desde los nueve años, quedarse viudo y de propina un cáncer de próstata. Si pudo con eso, también podrá con el maldito bicho que tantos amigos se está llevando por delante.

La noche que deja de tener noticias de Abelardo, su inseparable compañero de mus, Domingo abre la ventana de su habitación. Hasta el suelo hay más de tres metros de distancia. No sabe si su cadera lo soportará. O su corazón. Pero antes de que la duda lo paralice pega un salto.

Mientras cae, se olvida del virus. También de la edad, los achaques y el futuro. Por un momento vuelve a ser tan solo un crío que, lleno de ilusión y vida, huye en busca de una oportunidad.